

## "Precipicio fiscal" al estilo de "Rebelde sin causa"

**Ciudad de México** • En Estados Unidos, en 28 de los últimos 40 años (70 por ciento) los presidentes no han contado con mayoría en ambas cámaras del Congreso, por lo que la frecuencia de "gobiernos divididos" ha obligado a demócratas y republicanos a negociar acuerdos para gobernar.

El 31 de diciembre de 2012 era la fecha límite para el vencimiento de las exenciones fiscales a las personas de menor ingreso, fijadas en 2001 y 2003 por el presidente George W. Bush, además de enfrentar un amplio déficit en el presupuesto gubernamental. El momento crítico representaba una oportunidad para ambos partidos de disputar el control de la política al inicio del segundo periodo del presidente Barack Obama.

El conflicto se denominó "precipicio fiscal", recordando la imagen del filme "Rebelde sin causa" (1955), en el que Jim Stark (James Dean) acepta el reto de Buzz Gunderson (Corey Allen) de correr una carrera de coches rumbo a un precipicio, en la que el primero que evite la caída pierde y es considerado cobarde o "gallina". Durante la carrera, la manga de la chamarra de Buzz se atora con la manija de la puerta, lo que le impide salir del coche y cae al acantilado, "ganando" el reto. En el juego "gallina", la estrategia dominante de los jugadores (mantenerse en el coche sin frenar) los puede llevar al peor resultado (caer por el precipicio). Los políticos norteamericanos defenderían a su base electoral: los demócratas a las minorías, los estratos más pobres y a la indispensable clase media; los republicanos a los estratos más altos. Ya que Obama había prometido en campaña que los estadounidenses más ricos serían los que pagarían más impuestos, y que los programas sociales no se verían afectados, su solución se oponía a la de los republicanos en el Congreso, representados por John Boehner.

Si nadie cedía entrarían en vigor nuevos impuestos, el desempleo aumentaría a niveles previos a 2009, el ingreso en los hogares se reduciría y la confianza de los consumidores disminuiría. Es decir, se detonaría una recesión que impactaría la economía mundial y, de nueva cuenta, a la mexicana.

Con el encargo del presidente Obama, el vicepresidente Joe Biden logró, con la ayuda de los líderes de las bancadas en el Senado, una propuesta para evitar el abismo, cediendo ambas partes algo: aumentar el umbral de ingreso de quienes van a pagar más impues-

tos y extender, hasta 2014, los beneficios para los desempleados permanentes. En dos meses más se resolverán otros detalles incluyendo, entre otros, el tope de deuda pública. Literal, al cuarto para la medianoche del 31 de diciembre, el Congreso y el presidente frenaron, se bajaron de sus coches y evitaron caer en el precipicio. Nadie ganó.

La prensa los criticó por no ponerse de acuerdo antes y dejar las cosas para último minuto, y algunos pusieron de ejemplo a los políticos mexicanos, que "no se pelean y hasta firman pactos". Recordemos que las coaliciones son la excepción en los regímenes presidencialistas, en los que presidentes y Congreso cuentan con una legitimidad dual, pues ambos provienen de y responden a la ciudadanía (a diferencia de los sistemas parlamentarios donde la legitimidad del primer ministro emana del Legislativo, al que le debe la supervivencia). Ya que presidentes y Congreso no pueden eliminarse mutuamente, en gobiernos divididos lo normal es desacreditarse siempre.

El "precipicio fiscal" es solo un episodio más en el cual la atracción mediática se deriva de las implicaciones con fecha límite. En los regímenes presidencialistas, el presidente y las cámaras del Congreso, si no son del mismo partido, están siempre jugando al borde del abismo.